

CAPÍTULO 17

Mi abuela lanzó a su alrededor una mirada de consternación y al instante soltó esa famosa frase que se convertiría en su eslogan durante los veinticinco años que vivió en Jerusalem: El Levante está lleno de microbios.

Y desde entonces el abuelo tenía que levantarse a las seis o seis y media de la mañana, darles con la raqueta unos golpes mortales a los colchones y la ropa de cama, ventilar cada día colchas y almohadas, rociar toda la casa con desinfectante, ayudarla a hervir constantemente verduras, frutas, ropa, toallas, cacharros. Cada dos o tres horas tenía que desinfectar con lejía el inodoro y los lavatorios. Los desagües de los lavatorios estaban siempre tapados, y siempre había un poco de agua con lejía o lisol, como un foso alrededor de los muros de una fortaleza medieval. Ese foso estaba destinado a impedir el paso a cucarachas y otros bichos que día y noche entraban por las tuberías. Hasta los orificios de los lavatorios –esos pequeños agujeros que están casi en el borde para facilitar el desagüe en el caso de que se llenen demasiado– estaban obstruidos con tapones improvisados hechos de jabón, para que el astuto enemigo no penetrara a través de ellos. Los mosquiteros de las ventanas olían siempre a D.D.T. Toda la casa rezumaba continuamente desinfectante. Una densa nube de alcohol, jabón, cremas, cebos, insecticidas y polvos de talco flotaba durante todo el día en las habitaciones y puede que algo de eso emanara también de la piel de la abuela.

Y, a pesar de todo, de vez en cuando, invitaban por la tarde a algunos escritores en ciernes, a dos o tres comerciantes cultos y algunos jóvenes investigadores muy prometedores. Se acabaron Bialik y Tchernijovsky, se acabaron las cenas festivas con muchos comensales. La pobreza, el poco espacio y las dificultades de la vida obligaron a la abuela a conformarse con unos pocos: Hana y Hayyim Toren, Ester e Israel Zarhi, Tzarta y Yacob-David Abramsky, y a veces también uno o dos de sus conocidos refugiados de Odesa o Vilna, el señor Scheindelvitze de la calle Isaías, el señor Kazlaski, propietario de un comercio en la calle David Yalin, cuyos dos jóvenes hijos ya eran considerados reputados científicos y desempeñaban tareas secretas en la Haganá, o el matrimonio Bar Yitzhar (Itzlevitz) del barrio de Mekor Baruch, él era un buhonero de cara triste y ella hacía pelucas y

corpiños por encargo, y ambos eran unos fanáticos revisionistas que odiaban al partido Mapai⁴⁴ con toda su alma.

La abuela preparaba el convite como un brillante desfile militar en la mesa de la cocina y la mesada, enviaba continuamente al abuelo al frente cargado de bandejas, para ofrecer a los invitados sopa fría de remolacha con un iceberg de crema flotando encima, una fuente con mandarinas frescas peladas, frutas de temporada, nueces, almendras y pasas e higos secos, y también cáscaras de naranja escarchadas, mermelada, compota y otras confituras, pasteles de amapola y pasteles rellenos de mermelada, knishes de papas o un delicioso pastel de hojaldre.

Los contertulios hablaban de la actualidad y del futuro del pueblo y del mundo, criticaban al corrompido Mapai y a sus dirigentes, mediadores derrotistas sometidos a los corruptos gentiles. Por lo que respecta a los kibutzim, les parecían peligrosas células bolcheviques, anarquistas nihilistas, libertinos y licenciosos que profanaban lo más sagrado de la nación, y también parásitos que engordaban a costa del erario público, saqueadores de los fondos nacionales: mucho de lo que algún día dirían sobre los kibutzim sus adversarios de Hakeshet Hamizrajit⁴⁵ lo sabían ya entonces, por aquellos años, los invitados del abuelo en Jerusalem. Esas conversaciones de sobremesa no parecían divertir a los contertulios, si no ¿por qué se apresuraban a callarse cuando me veían, o empezaban a hablar en ruso, o cerraban la puerta que separaba el comedor de mi fortaleza de valijas en el gabinete del abuelo?

⁴⁴ Partido de los Trabajadores de la Tierra de Israel: fue un partido político de Israel, de ideología de izquierda y que fue la fuerza política predominante en Israel hasta que en 1968 se fusionó con otros partidos para formar el centro-izquierda Partido Laborista Israelí de ideología socialdemócrata.

⁴⁵ Organización formada por un grupo de intelectuales israelíes de origen oriental (Marruecos, Túnez, Siria, Líbano) para "luchar por un amplio cambio en los círculos de poder y la participación sustancial y equitativa de los sectores orientales". Estos intelectuales integrados a la sociedad israelí y profesionalmente exitosos, han mantenido su identidad oriental sin complejos de inferioridad; por ello, no dudaron en emprender el combate contra lo que ellos consideran una injusticia cometida con las ciudades en desarrollo, ciertos barrios urbanos y la periferia empobrecida. En su primera campaña por la "Ley de Vivienda Pública", lograron que el gobierno, que intentaba privatizar las empresas estatales de vivienda pública, vendiese esas casas a los inquilinos que las habían habitado por largo tiempo a un precio inferior al de mercado, reconociéndoles la inversión ya hecha mediante los alquileres. De acuerdo a sus análisis, los padres fundadores del Estado, de origen ashkenazí, promovían la igualdad pero sin aplicarla a los emigrantes orientales; en el caso de las tierras, éstas fueron inequitativamente distribuidas entre diferentes sectores de la sociedad. Desde el establecimiento del Estado la repartición de tierras siempre benefició a los kibutzim y moshavim grandes, poblados en su mayoría por judíos ashkenazim, en detrimento de las ciudades en desarrollo y los moshavim periféricos, habitados primordialmente por judíos de origen oriental.

Así era el pequeño piso de la calle Praga: había un salón, muy ruso, abigarrado, lleno de muebles macizos, atestado de objetos, efectos personales, maletas, un fuerte olor a pescado, zanahoria y budín mezclado con olor a desinfectante y a lisol; alrededor de las paredes repletas había cómodas, taburetes, un armario negro imponente, una mesa de gruesas patas, un aparador lleno de adornos y recuerdos. Toda la habitación estaba saturada de tapetes de batista blancos, cortinas de encaje, almohadones bordados, adornos y figuritas que abarrotaban cualquier superficie libre, incluso el alféizar de la ventana, como un cocodrilo de plata al que se le podía levantar la cola de escamas, meter una nuez entre sus mandíbulas, apretar y cascarla, y un pequeño caniche blanco a tamaño natural, muy bien hecho, con el hocico negro y unos tristes ojos de cristal, que estaba siempre tumbado con sumisión y abatimiento a los pies de la cama de la abuela, que nunca ladraba ni pedía permiso para salir por la puerta de la casa hacia los arrabales del Levante, de donde quién sabe lo que podría haber traído a la casa, insectos, chinches, pulgas, garrapatas, bacterias, piojos, sarna, bacilos y demás plagas.

Ese ser delicado, que se llamaba Stak, Stashek o Stashinka, era el más obediente y dócil de todos los perros del mundo, ya que estaba hecho de lana y relleno de ropa y calcetines viejos. Había acompañado fielmente a los Klausner en todos sus periplos, de Odesa a Vilna y de Vilna a Jerusalem. Por su salud, el pobre perro era obligado a tragarse cada dos o tres semanas unas fuertes bolas de naftalina. Cada mañana tenía que soportar con sumisión las descargas del fumigador del abuelo. De vez en cuando, en verano, lo sentaban en el alféizar de la ventana para ventilarlo, para que tomara un poco de sol y algo de luz.

Stak se pasaba mucho tiempo tumbado en la ventana sin moverse, con los ojos de cristal negros y deprimidos acechando la calle con nostalgia infinita, su negro hocico bordado olfateaba en vano el olor de las perras de la callejuela, sus orejas de lana aguzadas al máximo para captar los ruidos del barrio, el lamento de un gato enamorado, el trino de los pájaros, chillonas reprimendas en idish, el grito del trapero que helaba la sangre, el ladrido de los perros libres más afortunados que él. Stak tenía la cabeza ligeramente inclinada, estaba pensativo y triste, su pequeña cola estaba metida con pena entre sus patas traseras, sus ojos eran trágicos. Nunca había ladrado a los viandantes, nunca había pedido auxilio a sus hermanos, los perros de la callejuela, nunca había aullado, pero su cara, apoyada así en la ventana, expresaba

una tácita desesperación que partía el alma, una desesperación muda más incisiva que cualquier grito de auxilio, más penetrante que los terribles aullidos.

Una mañana, la abuela se levantó y, sin pensarlo dos veces, envolvió a su Stashinka en papel de periódico y lo tiró al tacho de la basura, porque de repente había sospechado que tenía polvo o moho. El abuelo seguro que lo sintió, pero no se atrevió ni a rechistar. Y yo no se lo perdoné.

Ese salón recargado, de color y hasta de olor marrón oscuro, era también el dormitorio de la abuela, y desde allí se pasaba al cuarto del abuelo, el gabinete, su celda monacal, con el duro sofá, las repisas de las mercancías, el montón de maletas, el estante de los libros y el pequeño escritorio siempre ordenado y cuidado como un desfile matutino de una compañía de radiantes húsares de los tiempos del emperador Francisco José.

Aquí, en Jerusalem, los dos subsistían gracias al exiguo comercio del abuelo: volvía a comprar aquí y a vender allá, se proveía en verano para vender en otoño, rondaba con su maleta de «muestras» las puertas de las tiendas de ropa de las calles Yafo, King George y Agripas, el callejón Lontz y Ben Yehuda. Una vez al mes solía ir a Jolón, a Ramat Gan, a Netania, a Petaj Tikva, a veces se alejaba hasta Haifa, allí trataba con fabricantes de toallas, regateaba con fabricantes de ropa interior y con importadores de prendas confeccionadas.

Cada mañana, antes de salir a hacer la ronda, el abuelo preparaba paquetes de ropa y telas para mandarlos por correo. A veces le daban, le quitaban y le volvían a dar un puesto de agente de ventas local en una firma mayorista de corte y confección o en un taller de impermeables. No le gustaba el comercio y nunca triunfó en él, a duras penas le quedaba algo para salir adelante y sacar adelante a la abuela, pero le gustaban muchos las largas rondas por las calles de Jerusalem, siempre elegante con su traje diplomático ruso, con el triángulo de su pañuelo blanco asomando por el bolsillo de la chaqueta y los gemelos de plata en los puños de la camisa, y le gustaba sentarse durante horas en los cafés, aparentemente por los negocios, pero sobre todo por las conversaciones, las discusiones, el té hirviendo y los periódicos y revistas que hojeaba. También le gustaba deleitarse en los restaurantes. Siempre se comportaba con los camareros como un señor estricto y exigente pero también comprensivo:

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

–Perdón. El té está frío. Le agradecería mucho que me trajese enseguida un té caliente: té caliente quiere decir que también las hierbas estén muy calientes. Muchas gracias.

Lo que más complacía al abuelo eran los largos viajes fuera de la ciudad y las reuniones de negocios en las ciudades costeras. Tenía una tarjeta de visita ostentosa, con el borde dorado y un anagrama en forma de rombos cruzados como un montón de pequeños diamantes. En la tarjeta ponía: «Alexander Z. Klausner, importador, encargado mercantil, agente general y representante mayorista, Jerusalem y alrededores». Entregaba su tarjeta y son reía justificándose, como un niño:

–¿Nu? De algo hay que vivir.

Pero no atendía a los negocios sino a sus inocentes y secretos enamoramientos, a sus emociones, como un adolescente de setenta años, a sus nebulosos anhelos y a sus sueños: si hubiera podido vivir su vida de nuevo, según sus preferencias y su verdadera inclinación, seguro que habría elegido amar a las mujeres, ser amado, conocer bien sus corazones, divertirse con ellas en campamentos de verano en el seno de la naturaleza, navegar con ellas en un barco por lagos a los pies de montañas nevadas, escribir poemas ardientes, ser atractivo, tener el pelo rizado, ser delicado pero viril, ser amado por la multitud, ser Tchernijovsky. O Byron. O mejor aún, ser Zeev Jabotinsky: un eminente poeta, un apuesto líder con una extraordinaria personalidad.

Durante toda su vida había anhelado un mundo de amor y generosidad. Ansiaba dignificar a las mujeres y recibir a cambio su admiración y su amor eterno (al parecer nunca distinguió entre amor y admiración: deseaba saciarse de ambas cosas al igual que disfrutaba dando ambas en abundancia a una u otra mujer, o a todo el género femenino).

A veces tiraba con desesperación de sus cadenas, mordía el freno con los dientes, se bebía en la soledad de su gabinete dos copas de coñac, y en las noches en blanco, unas noches especialmente amargas, se bebía un vaso de vodka y se fumaba con pena varios cigarros. A veces, cuando ya había anochecido, salía solo a dar vueltas por las calles vacías. No le resultaba fácil salir: la abuela tenía un sofisticado y sensible radar con el que nos controlaba a todos: en todo momento sentía la obligación de hacer el inventario, saber siempre con irritante precisión dónde estaba cada uno de nosotros, Lonía en su mesa de la Biblioteca Nacional en la cuarta planta

del edificio Terra Sancta, Zisia en el café Atara, Fania en la biblioteca del B'nai B'rith, Amós jugando con su buen amigo Eliahu en casa del vecino, el arquitecto, el señor Fridman, en el primer edificio a la derecha. Sólo en un extremo del radar de la abuela, detrás de una galaxia extinguida, en el ángulo donde debían aparecer su hijo Ziuzia, Ziuzanka, con Malka y el pequeño Daniel, al que no había visto ni bañado nunca, tan sólo ahí se captaba día y noche un terrible agujero negro.

El abuelo paseaba una media hora por la calle de los Etíopes, con el sombrero puesto, escuchando el eco de sus pasos y respirando el aire seco de la noche, saturado de pinos y piedra. Cuando volvía se sentaba en su escritorio, bebía un poco, se fumaba un cigarro o dos y escribía en soledad un poema sentimental en ruso. Desde aquel día en que dio un vergonzoso paso en falso y se enamoró de otra en la cubierta de un barco de camino a Nueva York, y la abuela se vio obligada a arrastrarlo a la fuerza al matrimonio, no se le volvió a ocurrir rebelarse: estaba ante su mujer como un siervo ante su ama, y trabajaba para ella con humildad, veneración, respeto, entrega y paciencia infinita.

Ella lo llamaba Zisia, y en los escasos momentos de profunda ternura, compasión y benevolencia lo llamaba Zisel, entonces la cara del abuelo se iluminaba de pronto, como si se le hubieran abierto las puertas del séptimo cielo.

CAPÍTULO 18

Fue longevo y vivió otros veinte años después de que la abuela Shlomit muriera en la bañera.

Durante unas semanas o unos meses siguió levantándose al despuntar el sol, arrastraba los colchones y las colchas hasta la barandilla de la terraza y allí les daba unos golpes tremendos para quitar los microbios y los demás parásitos que se habían colado por la noche en la cama. A lo mejor le resultaba difícil cambiar esa costumbre. A lo mejor honraba así el recuerdo de la difunta. A lo mejor expresaba así la nostalgia de su reina. O temía que se apareciera su espíritu amenazante con los batallones de la muerte si dejaba de hacer eso.

Tampoco dejó enseguida de desinfectar frenéticamente el inodoro y las bachas.

Pero poco a poco, cuando fueron pasando los días, las sonrientes mejillas del abuelo adquirieron un tono rosado que jamás habían tenido. Una constante alegría lo cubrió. Es verdad que hasta el último día de su vida cuidó mucho la limpieza y el orden, era un hombre pulcro por naturaleza, pero la violencia se apaciguó: se acabaron los golpes resonantes de raqueta, se acabaron las ráfagas enfurecidas de lisol y lejía. Unos meses después de la muerte de la abuela comenzó a reverdecer la vida amorosa de mi abuelo, tempestuosa y espléndida. Y al mismo tiempo, eso creo, mi abuelo de setenta y siete años descubrió el placer del sexo.

Aún no se había quitado el polvo del entierro de la abuela de los zapatos, cuando la casa se llenó de mujeres dispuestas a consolar, ayudar, repeler la soledad y ser comprensivas. No lo dejaban solo ni un instante, lo reconfortaban con guisos calientes, lo reanimaban con pasteles de manzana, y a él, al parecer, le gustaba no permitirles que lo dejaran solo: durante toda su vida había deseado a las mujeres, fueran cuales fueran. Deseaba a todas las mujeres, a las guapas y a las que tenían una belleza que los demás hombres no sabían apreciar: «Las señoras», algo así sentenció una vez mi abuelo, «son todas guapas. Todas sin excepción. Pero los hombres», sonrió, «están ciegos. ¡Completamente ciegos! Sólo se ven a sí mismos, ni siquiera a sí mismos. ¡Están ciegos!».

Con la muerte de la abuela, el abuelo redujo su actividad comercial. Aún hablaba de vez en cuando, resplandeciente de orgullo y satisfacción, de «un viaje de negocios muy importante a Tel Aviv, a la calle Grozenberg», o de «una reunión importantísima en Ramat Gan, con todos los directores de la firma». Aún le gustaba ofrecer a todo el que se encontraba en su camino su pomposa tarjeta de visita, «Alexander Z. Klausner, telas, ropa, confección, importador, representante comercial autorizado, agente general e intermediario», etcétera, etcétera. Pero, desde entonces, la mayor parte del tiempo se ocupaba de sus asuntos del corazón: invitaba y era invitado a una taza de té, comía a la luz de una vela en un restaurante selecto pero no demasiado caro («¡con la señora Tzitrin, ti durak, con la señora Tzitrin, no con la señora Shaposnik!»).

Pasaba horas en su mesa de la discreta segunda planta del café Atara, en la calle Ben Yehuda, con un traje azul oscuro, una corbata de lunares, sonrosado, sonriente, pulcro, bien arreglado, oliendo a champú, talco y perfume, cautivador con su camisa blanca almidonada como una tabla, con su impecable pañuelo en el bolsillo de la chaqueta, con sus gemelos de plata en los puños, rodeado siempre de un séquito de mujeres bien conservadas de unos cincuenta o sesenta años: viudas con corsés apretados y medias de nylon con costura, divorciadas bien maquilladas, damas elegantes llenas de anillos, pendientes y pulseras que se hacían la manicura, la pedicura, la permanente y se marcaban el cabello, matronas que hablaban un hebreo macarrónico con acento húngaro, polaco, rumano o balcánico. Al abuelo le gustaba su compañía y ellas se derretían con sus encantos: era un conversador fascinante y divertido, un gentleman del siglo XIX, les besaba la mano, se apresuraba a abrirlas las puertas, ofrecía su brazo en las escaleras y en las cuestas, recordaba las fechas de los cumpleaños, enviaba ramos de flores y bombones, las escuchaba atentamente, elogiaba con sutileza el corte del vestido, el cambio de peinado, los elegantes zapatos o el nuevo bolso, bromeaba con ocurrencias y buen gusto, recitaba un poema en el momento preciso, conversaba con pasión y buen humor. Una vez, abrí una puerta y vi a mi abuelo de noventa años arrodillado delante de la viuda morena, oronda y risueña de un notario. La señora me guiñó el ojo por encima de la cabeza de mi abuelo enamorado y sonrió enseñando las dos filas de dientes demasiado completas para ser auténticas. Me fui y cerré despacio la puerta, sin que el abuelo me viera.

¿Cuál era el secreto del atractivo viril del abuelo? Es posible que sólo lo empezara a comprender al cabo de los años. Tenía una cualidad muy rara en los hombres, posiblemente la cualidad más sexy para muchas mujeres: sabía escuchar.

No hacía, simplemente, que escuchaba, por educación, esperando con impaciencia a que terminaran y se callaran de una vez.

No interrumpía las frases de su interlocutora y las terminaba en su lugar llevado por la impaciencia.

No la interrumpía ni se inmiscuía en lo que estaba diciendo para concluir y pasar a otro tema.

No dejaba que ella le hablase al vacío mientras él preparaba su respuesta para cuando, por fin, terminase.

No fingía que le interesaba o disfrutaba, sino que le interesaba y disfrutaba de verdad. En suma: era un curioso infatigable.

No era impaciente. No aspiraba a llevar la conversación de los insignificantes argumentos de ella a los importantes de él.

Todo lo contrario: le gustaban mucho esos argumentos. Le agradaba esperarla y, aunque se alargase, la esperaba y se deleitaba, mientras tanto, con sus rodeos.

No metía prisa. No apremiaba. Esperaba a que terminase e incluso cuando acababa no se precipitaba, sino que le gustaba seguir esperándola: a lo mejor tenía algo más que añadir. A lo mejor se le ocurría otra feliz idea.

Le gustaba dejar que ella lo tomase de la mano y, a su ritmo, lo condujese a sus sitios favoritos. Le gustaba acompañarla como una flauta acompaña una melodía.

Le gustaba conocerla. Le gustaba comprender. Saber. Le gustaba llegar al fondo de su mente, e incluso más allá.

Le gustaba entregarse, deseaba entregarse más que deleitarse con la entrega de ella. Nu, shto⁴⁶: ellas hablaban y hablaban con él hasta que no podían más, hablaban incluso de las cosas más íntimas, secretas y sensibles, y él escuchaba con sutileza, con ternura, con empatía e indulgencia.

⁴⁶ Nu, shto: Bueno, eso.

No, no con indulgencia sino con placer y sentimiento.

Hay un montón de hombres a los que les gusta muchísimo el sexo, incondicionalmente, pero odian a las mujeres.

A mi abuelo, eso creo, le gustaban ambas cosas.

Y con delicadeza: sin pasar facturas, sin pedir nada a cambio. Nunca tenía apuro. Le gustaba zarpar y no apresurarse a echar el ancla.

Tuvo muchos romances en sus veinte años de luna de miel después de la muerte de la abuela, desde los setenta y siete hasta el final de su vida. A veces se iba con su amada de turno a pasar dos o tres días en un hotel de Tiberiades, en una pensión de Hadera o en un «centro de veraneo» junto a la playa de Netania (con la palabra «centro de veraneo», el abuelo estaba traduciendo al parecer un concepto ruso con sabor chejoviano, las dachas de la costa en la península de Crimea). Dos o tres veces lo vi paseando por la calle Agripas o la calle Betzalel con una señora del brazo y no me acerqué a ellos. No se esforzaba en ocultarnos sus amores pero tampoco se jactaba de ellos. Nunca trajo a sus amigas a casa ni nos las presentó, y casi no hablaba de ellas. Pero, a veces, nos parecía enamorado como un adolescente, con la cabeza ida, los ojos velados, un ensimismamiento plácido, una sonrisa distraída vagando por sus labios. Y a veces, estaba decaído, su cara perdía el infantil color sonrosado como un sol nublado en otoño, se quedaba en su habitación planchando con rabia una camisa tras otra, el abuelo tenía la costumbre de planchar la ropa interior y rociarla con perfume de un frasco que tenía un pequeño pulverizador, y a veces, mientras tanto, se decía a sí mismo cosas severas e indulgentes en ruso o tarareaba una triste melodía ucraniana, y así podíamos deducir que se le había cerrado alguna puerta o que, por el contrario, también en esa ocasión, como en el maravilloso viaje a Nueva York cuando era novio de la abuela, volvía a estar envuelto hasta la desesperación en las penas de dos amores simultáneos.

En una ocasión, cuando tenía ya unos ochenta y nueve años, nos dijo que tenía intención de emprender «un viaje importante» de un día o dos, y que no nos preocupásemos por él en absoluto. Pero, cuando al cabo de una semana vimos que no volvía, empezamos a inquietarnos: ¿Dónde estaría? ¿Por qué no llamaba por teléfono? ¿Y si le había pasado algo? Una persona tan mayor...

Dudamos mucho: ¿Debíamos llamar a la policía? Si estaba enfermo en algún hospital, o le había ocurrido alguna desgracia, jamás nos perdonaríamos no haberlo buscado. Pero, por otra parte, si avisábamos a la policía y resultaba que volvía sano y salvo, ¿cómo soportaríamos su estallido de ira? Después de un día entero dudando decidimos que, si el abuelo no había vuelto el viernes al mediodía, tendríamos que llamar a la policía. No quedaba más remedio.

Apareció el viernes al mediodía, una media hora antes de que expirase el ultimátum, satisfecho, alegre, divertido y contento como un niño.

–Abuelo, ¿dónde te habías metido?

–¿Nu?, he estado viajando un poco.

–¿No dijiste que volverías en dos o tres días?

–Y qué si lo dije. Bueno, he estado con la señora Hershkovitz, lo hemos pasado muy bien. No nos hemos dado cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo.

–¿Y adónde han ido?

–Ya lo he dicho: a divertirnos. Encontramos una pensión tranquila. Una pensión muy civilizada. Una pensión como las de Suiza.

–¿Una pensión? ¿Dónde?

–En un monte de Ramat Gan.

–¿No has podido al menos llamarnos por teléfono para que no nos preocupásemos?

–No había teléfono en la habitación. ¿Nu?, ¡era una pensión extraordinariamente civilizada!

–¿Pero no has podido llamarnos desde una cabina? ¿No te di yo mismo fichas?

–Fichas, fichas. Nu, shto takoyeh⁴⁷, ¿qué fichas?

–Fichas para las cabinas de teléfono.

–Ah, tus gettoni⁴⁸. Aquí están. Vamos, tómalos, sanguijuela, tómalos y toma también los agujeros que tienen en el centro, tómalos, tómalos, pero cuéntalos bien. Nunca tomes nada de nadie sin antes contarle como es debido.

–¿Por qué no los has utilizado?

–¿Los gettoni? ¡Gettoni! No confío en ellos.

Y cuando tenía unos noventa y tres años, unos tres años después de la muerte de mi padre, el abuelo decidió que había llegado el momento, que yo ya era lo suficientemente mayor como para tener conmigo una conversación de hombre a hombre. Me pidió que fuera a su gabinete, cerró las ventanas, cerró la puerta con llave, se sentó con aire ceremonioso y formal detrás de su escritorio, me indicó que me sentara al otro lado, enfrente de él, no me llamó sanguijuela, cruzó las piernas, apoyó la barbilla en la mano, reflexionó y dijo:

–Ha llegado el momento de que hablemos de las mujeres.

Y enseguida se explicó:

–Bueno, de la mujer en general.

(Yo tenía unos treinta y seis años, llevaba quince casado y era padre de dos hijas adolescentes.)

El abuelo suspiró, tosió tapándose la boca, se estiró la corbata, carraspeó y dijo:

–Bueno, las mujeres siempre me han interesado. Siempre quiere decir siempre. Y no lo interpretes mal. Lo que estoy diciendo es algo completamente

⁴⁷ Nu, shto takoyeh (Hy, что такое): Bueno, ¿qué es eso?

⁴⁸ Plural del italiano gettone: cospel.

distinto, bueno, sólo estoy diciendo que siempre me han interesado las mujeres. No, no la cuestión femenina. Las mujeres como personas.

Entonces se rió y se corrigió:

–Bueno, me han interesado en todos los sentidos. Me he pasado todo mi vida mirando a las mujeres, incluso cuando no era más que un niño, no, no, nunca he mirado a las mujeres como un baboso, no, siempre las he mirado con respeto. Mirar y aprender. Bueno, esto es lo que he aprendido, esto es lo que ahora quiero enseñarte a ti también. Ahora, por favor, presta mucha atención.

Entonces dejó de hablar y miró a un lado y a otro, como volviendo a comprobar que estábamos completamente solos en la habitación, sin ningún extraño que pudiera escuchar.

–Las mujeres –dijo el abuelo–, bueno, en algunos sentidos son exactamente igual que nosotros. Exactamente igual. Del todo. Pero en otros sentidos –dijo– las mujeres son completamente distintas. Muy, muy diferentes.

En ese punto dejó de hablar y volvió a reflexionar sobre eso, tal vez se le vinieron a la memoria algunas imágenes, su rostro se iluminó con una sonrisa infantil, y concluyó así su enseñanza:

–¿Pero en qué sentido las mujeres son exactamente igual que nosotros y en qué sentido son muy, muy diferentes? Bueno, en eso –concluyó levantándose de su asiento–, en eso aún estoy trabajando.

Tenía noventa y tres años, y quizás siguió «trabajando» en esa cuestión hasta el fin de sus días. También yo sigo trabajando en ello.

El abuelo Alexander tenía un hebreo propio, un hebreo personal, no permitía que lo corrigieran y no quería que le hicieran ninguna observación: al barbero, sapan, se empeñaba en llamarlo marinero, sapan, y a la barbería, misparah, astillero, mispanah. Una vez al mes, regularmente, se dirigía al astillero de los hermanos Ben Yakar, se sentaba en el puesto de mando y le daba al marinero órdenes concretas y estrictas. A veces también me retaba: «¡Ve al marinero de una vez! ¡Mira qué pinta tienes! ¡Pareces un pirata!». A los anaqueles los llamaba «aquenales», aunque un

anaquel en singular podía seguir siendo un anaquel. Yo era o haroshi maltzik⁴⁹ o ti durak, a la ciudad portuaria de Hamburgo la llamaba Gamburgo, a la pregunta «abuelo, ¿qué tal has dormido?» contestaba siempre y sin excepción, «¡ferpectamente!», y como no estaba muy seguro del hebreo, añadía bromeando: Harasho! Otzen harasho!⁵⁰ Al samovar lo llamaba chainik⁵¹, al gobierno, partatz, al pueblo, oilem goilem⁵², y al partido en el gobierno, el Mapai, lo llamaba a veces con desprecio gestank⁵³.

Y una vez, unos dos años antes de su fallecimiento, me habló de su muerte:

–Si muere en el campo de batalla un soldado joven, un chico de diecinueve, de veinte años, es una desgracia terrible, pero no una tragedia. Morir a mi edad es una tragedia. Una persona como yo de noventa y cinco años, casi cien, se ha levantado durante mucho tiempo todos los días a las cinco, ha tomado una douche fría cada mañana desde hace casi cien años, incluso en Rusia, incluso en Vilna, lleva cien años comiendo, cada mañana, su rebanada de pan con arenque, tomando una taza de chay⁵⁴ y saliendo todas las mañanas a pasear durante media hora, sea verano o invierno, ¡es por la mozion! ¡Es muy bueno para la circulación! Y ni bien vuelve, todos los días lee el periódico mientras se toma otra taza de chay, bueno, en resumen, a ese chico de diecinueve años, si por desgracia muere, no le ha dado tiempo a tener hábitos fijos: ¿cómo habría podido? Pero a mi edad ya es muy difícil dejarlos, muy, muy difícil: pues caminar por la calle cada mañana es para mí un viejo hábito. Y una douche fría también es un hábito. También vivir es para mí ya un hábito, en suma, después de cien años, ¿quién puede de repente cambiar todos sus hábitos? No levantarse más a las cinco de la madrugada, no más douche ni pan con arenque. No más periódicos, paseos ni tazas de chay calientes. ¡Una tragedia!

⁴⁹ Buen chico.

⁵⁰ Bien. Bien valido!

⁵¹ Tetera, hervidor.

⁵² Del refrán en idish “der oilem iz a goilem”: Las masas son idiotas. Una jugada semántica del hebreo “olam golem”: el mundo es un monstruo/robot.

⁵³ Del alemán: hedor, mal olor, fetidez.

⁵⁴ Té.

CAPÍTULO 19

En 1845 llegaron a Jerusalem, que estaba bajo el poder de los turcos otomanos, el cónsul británico James Finn y su compañera Elisabet Anne. Los dos sabían hebreo y el cónsul había escrito incluso sobre la historia del pueblo judío, con el que había simpatizado durante toda la vida. Formaba parte de la Asociación londinense de difusión del cristianismo entre los judíos, pero por lo que se sabe no se dedicaba, en Jerusalem, a una actividad misionera directa. El cónsul Finn y su compañera creían con fervor que la vuelta del pueblo judío a su patria anticiparía la redención del mundo. Muchas veces el cónsul defendió a los judíos de Jerusalem ante la conspiración de los gobernantes turcos. Así mismo, James Finn creía en la necesidad de iniciar «la productividad del pueblo judío» y los ayudó a prepararse para las tareas de construcción y a acostumbrarse al trabajo de la tierra. Para ello, en 1853 el cónsul adquirió, por 250 libras esterlinas, una colina pedregosa y desierta a unos cuantos kilómetros de la Jerusalem habitada intramuros, al noroeste de la Ciudad Vieja, un terreno deshabitado y sin cultivar que los árabes llamaban Kerem al-Jalil. James Finn tradujo el nombre al hebreo, Kerem Abraham, allí levantó su casa y la empresa Colonia Industrial, destinada a dar a los judíos pobres puestos de trabajo y a posibilitarles una vida productiva gracias a la artesanía y la agricultura. La finca ocupaba unos cuarenta dunam (que son unas cuatro hectáreas). James y Elisabet Anne Finn levantaron su casa en la cima de la colina, y alrededor extendieron la explotación agrícola y construyeron los edificios destinados a la actividad artesanal. Las gruesas paredes de la casa de dos plantas eran de piedra tallada, con techos de estilo oriental, en forma de bóvedas de crucería. Detrás de la casa, en el patio rodeado por un muro, excavaron pozos de agua y edificaron establos, un corral, un granero, almacenes, una bodega, un lagar y una almazara.

Unos doscientos judíos fueron empleados en la Colonia Industrial de la hacienda de Finn, encargados de desempedrar, vallar, plantar huertos, cultivar frutas y verduras, abrir una pequeña cantera y trabajos relacionados con la construcción. Con los años, tras la muerte del cónsul, su viuda fundó una fábrica de jabón y en ella trabajaron, también, obreros judíos. Muy cerca de Kerem Abraham, y casi por los mismos años, el misionero alemán Johan Ludwig Schneller, originario de Herping, en Wuttemberg, fundó una escuela para huérfanos árabes cristianos, refugiados de guerra y supervivientes de la matanza de cristianos en el Líbano. Era un gran terreno

rodeado de muros de piedra. El orfanato sirio Schneller, al igual que la Colonia Industrial del cónsul y la cónsul Finn, se basaban en el deseo de procurar educación para una vida productiva artesanal y agrícola⁵⁵. Finn y Schneller, cada uno a su modo, eran cristianos devotos conmovidos por la pobreza, el sufrimiento y el atraso de los judíos y los árabes en Tierra Santa. Los dos pensaban que la preparación de los habitantes para una vida productiva, en la artesanía, la construcción y la agricultura, salvaría a «Oriente» de las garras del deterioro, la desesperación, la debilidad y la apatía. Tal vez esperaran también, cada uno a su modo, que su altruismo mostrara a judíos y musulmanes el camino hacia el seno del cristianismo.

Al pie de la hacienda Finn se fundó, en 1920, el barrio de Kerem Abraham, cuyas pequeñas casas, pegadas unas a otras, fueron construidas entre la vegetación y los huertos de la hacienda y le fueron comiendo progresivamente el terreno. La casa del cónsul, por su parte, tras la muerte de la viuda, Elisabet Anne Finn, sufrió muchas transformaciones: primero se convirtió en una institución británica para jóvenes delincuentes, después fue un área gubernamental del gobierno inglés, y después una comandancia militar.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, el patio de la casa Finn fue cercado por una alta alambrada, y oficiales italianos, prisioneros de guerra, fueron encarcelados en el edificio y en el patio de alrededor. Nosotros nos colábamos allí al atardecer para provocar a los prisioneros y burlarnos de ellos con muecas y gestos: ¡Bambino! ¡Bambino! ¡Buongiorno, bambino!, nos gritaban los italianos con alegría, y nosotros les contestábamos: ¡Bambino! ¡Bambino! ¡Il duce morte! ¡Finito il duce! A veces les gritábamos: «¡Viva Pinocho!», y a través de las vallas y a través de los abismos de la lengua extranjera, la guerra y el fascismo, volvía siempre a nosotros, como la segunda parte de una antigua consigna, el grito: «¡Geppetto! ¡Geppetto! ¡Viva Geppetto!».

A cambio de los caramelos, los maníes, las naranjas y las galletas que les arrojábamos por encima de la alambrada, como a los monos en el zoológico, algunos nos daban estampillas italianas o nos enseñaban, de lejos, fotografías familiares con mujeres sonrientes y niños muy pequeños momificados dentro de trajes, niños con

⁵⁵ N. del A.: Según *Arquitectura de Jerusalén: la construcción europeo-cristiana fuera de los muros, 1855-1918*, Jerusalén, Keter / Instituto Jerosolimitano para el Estudio de Israel 1987, págs. 419-421.

corbata, niños con chaqueta, niños de nuestra edad con el pelo moreno bien peinado y con un flequillo resplandeciente de tanta brillantina que llevaban.

Un prisionero me enseñó una vez, desde detrás de la alambrada, a cambio de un chicle envuelto en papel amarillo, una foto de una mujer gorda desnuda, sin nada de ropa salvo unas medias de nylon y un liguero. Estuve un rato mirándola sin moverme, como alcanzado por un rayo, con los ojos como platos, mudo de espanto, como si en Iom Kipur, en la sinagoga, de repente alguien se levantara y gritara el Nombre Inefable, y al rato me di la vuelta y huí de allí corriendo como un loco, consternado, afectado, acongojado. Tenía cinco o seis años y salí corriendo como perseguido por los lobos, corrí sin parar y no pude escapar de aquella imagen hasta los once años y medio más o menos.

Tras la creación del Estado, la casa del cónsul se utilizó como puesto de la guardia nacional, de la guardia de fronteras y protección civil; también fue academia militar, hasta que se convirtió en una institución educativa para chicas ultraortodoxas llamada Casa de Bendición. Con frecuencia doy una vuelta por Kerem Abraham, desde la calle Gueulá, que ha pasado a ser la calle Malke Israel, me dirijo a la calle Malaquías, giro a la izquierda hacia la calle Zacarías, deambulo un poco por la calle Amós, subo por la calle Abdías hasta llegar a la entrada de la casa del cónsul Finn, y entonces me detengo unos minutos junto a la puerta. El viejo edificio se ha encogido con los años, como si de un mazazo le hubieran aplastado la cabeza entre los hombros, como si se hubiera convertido al judaísmo. Los árboles y las plantas han sido arrancados y el patio asfaltado. Pinocho y Geppetto se han desvanecido. También la academia militar parece no haber existido. Restos de una cabaña derruida de la fiesta de Sukot se amontonan en el patio delantero. Dos o tres mujeres con cofias y hábitos oscuros están a veces junto a la puerta: se callan cuando las miro. No me devuelven la mirada. Murmuran cuando me alejo.

Al llegar a Palestina, en 1933, mi padre se matriculó para obtener la licenciatura en la Universidad Hebrea de Har Hatzofim en Jerusalem. Al principio vivió con sus padres en un pequeño piso alquilado del barrio de Kerem Abraham, en la calle Amós, a unos doscientos metros al este de la casa del cónsul Finn. Después sus padres se mudaron a otro piso. Al piso de la calle Amós se trasladó el matrimonio Zarhi, pero en la habitación a la que se entraba por la terraza siguió

viviendo de alquiler el joven estudiante en el que sus padres tenían puestas grandes esperanzas.

Kerem Abraham era aún un barrio nuevo, la mayoría de las calles no estaban pavimentadas, y el viñedo, el kerem que le dio el nombre, todavía brotaba en algunos patios de los nuevos edificios: parras y granados, higueras y moreras cuyas copas susurraban a cada ráfaga de viento. A comienzos del verano, si se abrían las ventanas, el olor de la floración llenaba las pequeñas habitaciones. Por encima de los tejados y al final de las calles polvorientas se veían las montañas que rodean Jerusalem.

Uno tras otro se fueron construyendo edificios de piedra cuadrangulares, sencillos, de dos o tres plantas divididas en un montón de departamentos agobiantes con dos habitaciones diminutas. Los patios y las barandas de los balcones tenían verjas de hierro que se oxidaban enseguida. En las puertas de las casas, soldaron estrellas de David o la palabra «Sión». Poco a poco los cipreses y los pinos aplastaron a los granados y las parras. Por algunos sitios florecían granados silvestres, pero los niños los destrozaban antes de que el fruto madurara. Entre los árboles descuidados y las manchas de piedra de los patios a veces plantaban adelfas o geranios. Pero rápidamente esos canteros caían en el olvido: se ponían tendederos encima de ellos y eran pisoteados o se llenaban de cardos y cristales rotos. Si no morían de sed, las adelfas y los geranios crecían salvajes como la maleza. Se construyeron muchos trasteros en los patios, barracones con techumbre de latón, cabañas inestables hechas con las tablas de los baúles en los que los habitantes habían traído sus cosas, como si quisieran construir aquí una copia de sus pueblos de Polonia, Ucrania, Hungría o Lituania.

Algunos ataban una lata de aceitunas vacía a un palo, levantaban un palomar y esperaban a que fueran las palomas hasta que desistían. A veces alguien intentaba criar en su patio algunas aves, otro se esforzaba por cultivar un pequeño huerto de rábanos, cebollas, coles, perejil. Casi todos deseaban marcharse a lugares más civilizados, a Rehavia, a Kiriat Shmuel, a Talpiot o a Bet Hakerem. Todos procuraban creer que los malos tiempos pasarían, que el Estado judío se fundaría pronto y todo mejoraría: el vaso del dolor ya estaba lleno. Shneur Zalman Rubashov, que después pasó a llamarse Zalman Shazar y fue elegido presidente del Estado, escribió en esa época en un periódico: «Cuando por fin se funde el Estado judío libre, nada será igual que antes. Ni siquiera el amor volverá a ser igual que antes».

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

Y mientras tanto, en Kerem Abraham nacieron los primeros niños y casi era imposible explicarles de dónde habían venido sus padres, por qué habían venido y qué era lo que todos esperaban al llegar. En Kerem Abraham vivían modestos funcionarios de la Agencia Nacional Judía, maestros, enfermeras, escritores, conductores, oficinistas, revolucionarios, traductores, dependientes, filósofos, bibliotecarios, cajeros de banco, taquilleros de cine, ideólogos, propietarios de tiendas pequeñas, ancianos sin hijos que vivían de sus escasos ahorros. A las ocho de la tarde se cerraban los balcones, las puertas de las casas y las persianas y sólo la farola de la calle proyectaba para sí misma un charco amarillo y desolado en la esquina de la calle vacía. Por las noches se podía oír el penetrante reclamo de las aves nocturnas, el ladrido de los perros lejanos, algunos disparos esporádicos, el viento en las copas de los árboles del huerto: porque, al caer la noche, Kerem Abraham volvía a ser un viñedo. En todos los patios sonaban las hojas de las higueras, los fresones y los olivos, de los manzanos, las parras y los granados. Los muros de piedra recibían la luz de la luna y la devolvían a los árboles, traducida a un blanco pálido, espectral.

La calle Amós aparecía en dos o tres fotos del álbum de mi padre como un boceto inacabado de calle: edificios cuadrados de piedra tallada con persianas de hierro y rejas de hierro en los balcones. En el alféizar de algunas ventanas había macetas con geranios pálidos entre un montón de frascos cerrados donde se conservaban pepinillos o pimientos en agua, ajo e hinojo. En el centro, entre los edificios, aún no había una calle sino una especie de solar provisional, un camino polvoriento con materiales de construcción, grava, bloques de piedra semitallada, bolsas de cemento, bidones, baldosas, montones de arena, bobinas de alambre de púas, un cúmulo de andamios de madera desmontados. Entre esa mezcla de materiales de construcción aún crecía algún arbusto espinoso cubierto de polvo blanquecino. En el suelo, en medio del camino, había canteros descalzos, con el torso desnudo, con pañuelos cubriéndoles la cabeza y pantalones anchos; el ruido de los martillos golpeando los escarpelos y haciendo incisiones en la piedra llenaba el barrio entero como un tambor que acompaña una melodía extraña, repetitiva y atonal. De vez en cuando se oían al fondo de la calle agudos gritos de aviso, «¡Vaaa! ¡Vaaa!», y después el mundo era desgarrado por el ruido de las rocas al estallar.

En otra fotografía, más ceremoniosa, como si estuviera hecha antes de una fiesta, aparecía justo en medio de la calle Amós, en medio de esa caótica

construcción, un automóvil negro y rectangular como un ataúd. ¿Un taxi o un coche privado? Por la foto no se sabe. Es un automóvil reluciente de los años veinte, los neumáticos son estrechos como los de una motocicleta y las ruedas están llenas de radios metálicos, en el capó cuadrado hay una barra de níquel plateado en relieve. A un lado del capó se ven las ranuras para la ventilación, como persianas, y justo en el morro del automóvil sobresale, como una pequeña verruga, el brillante tapón de níquel del radiador. Dos faros redondos cuelgan de una especie de percha plateada, y también los propios faros son plateados y brillan con el sol.

Junto a ese automóvil aparece fotografiado el agente comercial Alexander Klausner, va de punta en blanco con un traje color crema, corbata y un sombrero Panamá de rejilla, recuerda un poco al actor Errol Flynn en una película sobre aristócratas europeos en el África ecuatorial o en Birmania. A su lado, más robusta, más alta y ancha que él, está su elegante esposa Shlomit, su prima y señora, una gran dama resplandeciente como un buque de guerra, con un vestido veraniego de manga corta, un collar de perlas, un sombrero Fedora con una redecilla cubriéndole el rostro, como si fuera un velo semitransparente, y que le cruza sin ningún sentido el cuidadoso peinado; lleva también un paraguas o una hermosa sombrilla que ella llama parasol. Su hijo Lonia, Lionitzka, está al lado de los dos como un novio el día de su boda. Resulta algo cómico, con la boca medio abierta, las gafas redondas en la punta de la nariz, los hombros caídos hacia delante, completamente embutido y comprimido dentro de un traje estrecho y un sombrero negro y rígido. El sombrero parece estar incrustado en su cabeza: le llega hasta la mitad de la frente, como una cacerola al revés, y da la impresión de que sólo las orejas, demasiado grandes, impiden que ese sombrero se deslice hasta el mentón y se trague toda la cabeza.

¿Cuál sería el acontecimiento por el que los tres se engalanaron así y por el que pidieron un taxi especial o fueron recogidos en un automóvil privado? No se sabe. Por las otras fotos pegadas en la misma hoja del álbum, la fecha debía de ser 1934, un año después de su llegada, cuando los tres aún vivían en el piso de los Zarhi en la calle Amós. Puedo leer sin ninguna dificultad la matrícula del coche, pues se distingue bien en la foto: M-1651. Mi padre tenía entonces veinticuatro años, pero en esa fotografía parece un chico de quince que se ha disfrazado de señor respetable de mediana edad.

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

Al llegar de Vilna, los tres Klausner vivieron cerca de un año en un departamento de dos habitaciones y media de la calle Amós. Al cabo de un año, los abuelos encontraron cerca de allí un departamento en alquiler con una habitación y un cuarto que le servía al abuelo de «gabinete» y de refugio ante las tormentas de furia de su mujer y la flameante espada higiénica de su guerra contra los microbios. El departamento estaba en la calle Praga, entre la calle Isaías y la calle Chanselor, llamada también calle Strauss.

La habitación de la entrada del departamento de la calle Amós se convirtió entonces en la habitación de estudiante de mi padre: ahí puso su primera estantería con los libros que había traído de su época de estudiante en la Universidad de Vilna, y la vieja mesa de contrachapado de finas patas que hacía de escritorio, ahí colgó su ropa en un cajón alargado tapado con una cortina que hacía de armario. Ahí invitaba a sus compañeros y amigos a eruditas conversaciones sobre el sentido de la vida, sobre literatura y política internacional y local.

En otra foto mi padre me mira. Está sentado detrás del escritorio, satisfecho, delgado, joven y tenso, peinado hacia atrás, con unas gafas redondas y serias, de montura negra, y una camisa blanca de manga larga. Está sentado cómodamente, en diagonal, con las piernas cruzadas y de espaldas a la ventana, que tiene una de las hojas abierta hacia dentro, pero con la persiana metálica bajada, sólo unos finos dedos de luz penetran a través de las ranuras. En la foto mi padre está inmerso en el estudio de un grueso libro que tiene levantado delante de los ojos. Sobre el escritorio hay otro libro abierto y también un objeto que parece un despertador, está de espaldas al objetivo, es un despertador de latón con unas pequeñas patas torcidas. A la izquierda de mi padre hay una pequeña estantería repleta de libros, a uno de los estantes le ha crecido una especie de panza hacia abajo debido al peso de los gruesos volúmenes que tiene que soportar, deben de ser libros en idiomas extranjeros que llegaron desde Vilna y parece que, por la falta de espacio y el calor, no están cómodos.

En la pared, encima de la estantería, hay una foto enmarcada del tío Yosef con aire autoritario, imponente, casi profético con su perilla blanca acabada en punta, con su pelo ralo, parece estar mirando desde arriba a mi padre sin quitarle ojo para que no descuide sus estudios, para que no se deje seducir por los dudosos placeres de la vida de estudiante, no olvide la posición histórica del pueblo ni la esperanza de las

generaciones, y no se pierda en los pequeños detalles que, a fin de cuentas, conforman el cuadro completo.

Debajo del tío Yosef, colgada de un clavo, hay una alcancía del Fondo Nacional con una gran estrella de David. Mi padre parece tranquilo y contento, pero también serio y aplicado como un asceta: todo el peso del libro abierto recae sobre su mano izquierda, mientras que la derecha sujeta las páginas de la derecha, las páginas que ya ha leído, por lo que se puede deducir que está leyendo un libro en hebreo, cuyas páginas se pasan de derecha a izquierda. Y en el lugar donde su mano sale de la manga de su camisa blanca, distingo el vello negro y poblado que le cubría el brazo desde el codo hasta la muñeca.

En esta fotografía mi padre parece un chico que conoce sus obligaciones y tiene intención de cumplirlas. Está decidido a seguir el camino de su gran tío y de su hermano mayor. Allí, tras la persiana bajada de su habitación, los obreros están haciendo una zanja en el camino para instalar tuberías. En algún sótano de uno de los viejos edificios judíos de las callejuelas tortuosas de Shaare Jesed o de Najalat Shivá se están entrenando en secreto los chicos de la Haganá de Jerusalem, desmontando y montando otra vez una Parabellum obsoleta. Por las sinuosas carreteras de montaña, entre pueblos árabes intrigantes, los conductores de Egged⁵⁶ y Tnuva⁵⁷ conducen sus vehículos con las manos curtidas firmes sobre el volante. Por los wadis⁵⁸ que descienden hasta el desierto pasan en silencio, con pantalones cortos color caqui, con calcetines caqui, con bagaje y kefiyas⁵⁹ árabes, los jóvenes patrulleros hebreos que han aprendido a reconocer con los pies los secretos senderos de la patria. En Galilea y en los valles, en la vega de Bet Shean y en el valle de Esdrelón, en Sharón y en Emek Jefer, en la llanura de Judea, en el Néguev y en las estepas del mar Muerto, pioneras y pioneros trabajan la tierra, musculosos, taciturnos, bronceados y curtidos por el sol. Mientras él, el estudiante serio y

⁵⁶ Cooperativa de transporte.

⁵⁷ Cooperativa de lácteos.

⁵⁸ Cauces secos o estacionales de ríos que discurren por regiones cálidas y áridas o desérticas.

⁵⁹ La kufiyya, también conocida como (ya)shmagh (turco), ghutrah(árabe), ḥaṭṭah (árabe), mashadah (árabe), sudra (hebreo), shemagh o pañuelo palestino es un pañuelo tradicional de Oriente Medio y Arabia usado principalmente en Jordania, los Territorios Palestinos, Irak, Israel, Líbano, el sureste de Turquía¹ y la península arábiga. Está hecho normalmente de algodón o lino. Se suele llevar envolviendo la cabeza de diversos modos, tanto para proteger dicha parte del cuerpo del frío como del sol. En ambientes desérticos también puede tener utilidad para proteger la boca y los ojos de la ventisca y la arena. Tiene un dibujo geométrico que varía de unas zonas a otras y que es, también en función de la región, de color negro o rojo, siempre sobre fondo blanco. La kufiyya está a menudo sujeta a la cabeza por un cordón llamado agal.

profundo de Vilna, labra su propio surco: algún día él también será profesor en la Universidad de Har Hatzofim, abrirá amplios horizontes de erudición y sabiduría, secará los pantanos de la diáspora de los corazones: al igual que los pioneros de Galilea y del valle de Esdrelón hacen florecer el desierto, también él participará con todas sus fuerzas, con entusiasmo y entrega, en la labor de arar los surcos del espíritu y hacer florecer la nueva cultura hebrea. Decididamente.

CAPÍTULO 20

Yehuda Arie Klausner iba cada mañana en el autobús número 9 desde la parada de la calle Gueulá, pasando por el barrio de los bújaros, el Profeta Samuel, Simón el Justo, la Colonia americana y el barrio de Sheij Jarrah, hasta la Universidad de Har Hatzofim, donde estaba haciendo la licenciatura: historia con el profesor Richard Mikael Kavner, quien nunca había conseguido aprender hebreo, filología semítica con el profesor Hayyim Jakob Polotzky, Biblia con el profesor Umberto Moshé David Cassuto y literatura hebrea con el tío Yosef, el profesor Yosef Klausner, el artífice de la frase «Judaísmo y Humanismo».

Es verdad que el tío Yosef cuidó de cerca a mi padre, que era uno de sus mejores alumnos, pero, llegado el momento, no lo nombró profesor ayudante para que no lo calumniaran las malas lenguas. Era muy importante para el profesor Klausner evitar que su nombre y su integridad se pusieran en tela de juicio y, tal vez por eso, sin mostrar integridad alguna, llegó a discriminar a su sobrino, que era sangre de su sangre.

En uno de sus libros, el tío Yosef, que no tenía hijos, escribió la siguiente dedicatoria: «A mi sobrino Yehuda Arie, tan querido para mí como un hijo, de su tío Yosef que tanto lo quiere». Un día mi padre bromeó en tono triste: «Si no fuera su pariente, si me quisiera un poco menos, quién sabe, tal vez ya sería también profesor del departamento de Literatura y no bibliotecario».

Eso fue siempre como una herida abierta en el alma de mi padre, que de verdad podía haber sido profesor como su tío y como su hermano David, que enseñó literatura en Vilna. Mi padre era extraordinariamente culto, un genio, y tenía una memoria formidable, era experto en literatura universal y en literatura hebrea, estaba familiarizado con muchísimos idiomas, conocía perfectamente la Tosefta, los Midrashim y la poesía de Sefarad, también a Homero, Ovidio, Utnapishtim, Shakespeare, Goethe y Mickiewicz como autodidacta, era tenaz y perseverante como una abeja obrera en una colmena, recto y preciso como una regla, un maestro de gran talento que explicaba de maravilla, con sencillez y precisión, el nomadismo de

los pueblos, el «crimen y el castigo», el funcionamiento de un submarino o los órdenes del sistema solar. Y jamás consiguió ponerse al frente de una clase ni formar alumnos, y acabó sus días como bibliotecario y bibliógrafo, escribió tres o cuatro ensayos y colaboró en la Enciclopedia Judaica con algunas voces eruditas, casi todas del ámbito de la literatura comparada y la literatura polaca.

En 1936 encontró un modesto puesto en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional, donde estuvo trabajando unos veinte años, primero en Har Hatzofim y después en el edificio Terra Sancta, al principio como ayudante de bibliotecario y al final como mano derecha del director del departamento, el señor Feferman. En una Jerusalem llena de refugiados de Polonia y Rusia y de quienes habían escapado de Hitler, entre ellos ilustres figuras de famosas universidades, por aquel tiempo había muchos más profesores que alumnos, muchos más investigadores y eruditos que estudiantes.

A finales de los años cincuenta, después de que su tesis doctoral fuera aprobada con mención de honor en la Universidad de Londres, mi padre intentó en vano encontrar un modesto sustento, aunque fuera como profesor contratado, en el departamento de Literatura de la universidad: el profesor Klausner, en su momento, tuvo miedo de lo que se comentaría si contrataba a su sobrino. Después de Klausner llegó el profesor y poeta Simon Halkin, que quería dar vuelta la página en el departamento de Literatura y alejarse de una vez por todas de la herencia de Klausner, de los métodos de Klausner, de la estela de Klausner, y por supuesto no quiso al sobrino de Klausner. Mi padre probó suerte a comienzos de los años sesenta en la nueva Universidad de Tel Aviv, pero tampoco allí se le abrieron las puertas.

El último año de su vida, aún luchó por un puesto de profesor de literatura en un instituto que se iba a fundar en Beer Sheva, el instituto que con los años se convertiría en la Universidad Ben Gurión. Dieciséis años después de morir mi padre, yo entré como profesor contratado de literatura en la Universidad Ben Gurión, al cabo de un año o dos me hicieron profesor titular y después me asignaron la cátedra que lleva el nombre de Agnón. Con los años, tanto la Universidad de Jerusalem como la de Tel Aviv me hicieron generosas propuestas para que enseñara literatura: a mí, que no soy estudioso, ni culto, ni instruido, ni erudito; a mí, que nunca me he ocupado de investigar y que me entra una especie de sudor frío al ver una nota al pie

de página⁶⁰. La uña del dedo meñique de mi padre era más profesional que diez «profesores improvisados» como yo.

El piso de la familia Zarhi tenía dos habitaciones y media en el bajo de un edificio de tres plantas. En la parte de atrás del piso vivía Israel Zarhi con Ester, su mujer, y sus ancianos padres. La habitación de la entrada, la habitación donde vivió mi padre, primero con sus padres, después solo y al final con mi madre, tenía una salida propia a la terraza y desde allí, bajando dos o tres peldaños, al pequeño jardín de delante del edificio y a la calle Amós, que aún era un camino polvoriento, sin asfaltar y sin vereda, salpicado de montones de materiales de construcción y trozos de andamios desmontados entre los que pululaban una multitud de gatos muertos de hambre y un puñado de palomas perdidas. Tres o cuatro veces al día pasaba por allí un carro tirado por un burro o una mula, cargado con barras de hierro, el carro del kerosene, el carro del repartidor de hielo, el carro del lechero, el carro del trapero, cuyos gritos roncocos me helaban la sangre: cuando era pequeño creía que me prevenían así de la enfermedad, la vejez y la muerte que, aunque todavía lejanas, se iban acercando lentamente, día y noche, con insistencia, reptando como una víbora por la negra espesura y moviendo sus fríos dedos hasta tocarme de pronto la espalda y agarrarse a mi garganta. En ese grito penetrante en idish, alte zaaaken, «trapeero», yo oía siempre las amenazantes palabras en hebreo al tezaaaqen, «no envejeezcas». Ese grito me sigue produciendo escalofríos.

En los árboles frutales de los patios anidaban golondrinas y por las grietas de las rocas entraban y salían lagartijas, salamandras, escorpiones, y a veces también se veía por allí una tortuga. Los niños cavaban debajo de las tapias y tendían una red de túneles y atajos que se extendía por todo el barrio. O trepaban a las azoteas para mirar a hurtadillas lo que hacían los soldados británicos entre los muros del campo Schneller o para ver de lejos los pueblos árabes ubicados en las laderas de las montañas de alrededor: Isawiya, Shuaft, Bet Iksa, Lifta, Nebi Samuel.

⁶⁰ N. del A.: Los libros de mi padre estaban repletos de notas al pie de página. En cuanto a mí, sólo en el libro *El silencio del cielo: Agnón y el temor de Dios* (Keter, 1993) utilicé, igual que él, muchas notas al pie. Y en la nota número 92, que aparece en la página 192, introduje a mi padre. Es decir, remití al lector al libro de mi padre *La novela en la literatura hebrea*. Al introducir esa nota, unos veinte años después de su muerte, esperaba causarle alegría, pero temía que no se alegrase sino que me señalara con un dedo increpante y amenazador.

Hoy casi nadie recuerda el nombre de Israel Zarhi, pero en aquella época Zarhi era un joven escritor conocido y prolífico, de cuyos libros se hacían grandes tiradas. Era más o menos de la edad de mi padre, pero en 1937, cuando tenía unos veintiocho años, Zarhi ya había publicado al menos tres libros. También él estudió literatura hebrea con el profesor Klausner en Har Hatzofim, pero él llegó a Palestina unos años antes que mi padre y trabajó dos o tres como bracero en las colonias agrícolas de la zona de Sharón. Después se ganaba la vida trabajando en la secretaría de la universidad. Era un hombre delicado, distraído, tímido, bastante melancólico, con la voz y los andares suaves, de complexión tan delgada y fina que no podía imaginármelo con un pico o una azada, empapado en sudor un día sofocante en una de las colonias de Sharón. Alrededor de su pequeña calva tenía un anfiteatro de cabello negro. Su enjuto rostro soñador estaba pálido. Al andar parecía no fiarse del suelo que pisaba, o todo lo contrario, que temía hacerle daño. Nunca me miraba al hablar conmigo: su cálida y reflexiva mirada estaba casi siempre fija en el suelo.

Lo admiraba porque en casa me decían que no era un escritor como los demás: toda Jerusalem escribía libros eruditos, libros creados a partir de notas, de otros libros, de todo tipo de catálogos y fascículos, de léxicos, de los gruesos volúmenes en lenguas extranjeras, de las fichas manchadas de tinta de los escritorios, pero el señor Zarhi era un escritor que escribía «historias de su cabeza» (mi padre decía: «Si robas tu sabiduría de un solo libro, eres muy criticado, eres un plagiador, un ladrón literario. Pero si la robas de diez libros, te llaman investigador, y si lo haces de treinta o cuarenta libros, gran investigador»).

A los siete u ocho años intenté leer algo de Israel Zarhi, pero su lenguaje era muy difícil para mí. En casa, en el dormitorio de mis padres que también era el salón, la biblioteca, el cuarto de invitados, el estudio y el comedor, había un estante – más o menos a la altura de mis ojos– con la mitad del espacio dedicado a los libros de Zarhi: La casa de la abuela destruida, La aldea de Shi loaj, Har Hatzofim, Llama oculta, Una tierra sin sembrar, Los malos tiempos, y otra novela cuyo extraño título atraía más mi curiosidad: El petróleo fluye hacia el Mediterráneo. Zarhi tenía unos treinta y ocho años cuando murió, y le dio tiempo a escribir unas cinco docenas de libros de relatos y novelas después de su jornada de trabajo en la secretaría de la universidad, y tradujo otra media docena del polaco y el alemán.

Algunas tardes de invierno, se reunían en nuestra casa o en la de enfrente, en la de los Zarhi, algunos amigos: Hayyim y Hana Toren, Samuel Werses, el matrimonio Breimann. El impetuoso y sorprendente señor Sharon Shvadron, el pintoresco y pelirrojo señor Hayyim Schwarzbaum, Israel Hanani, que trabajaba en las oficinas de la Agencia Judía, y su esposa Ester Hanani. Venían después de cenar, a las siete o siete y media, y se retiraban a las nueve y media, lo que se consideraba ya tarde. Durante ese tiempo los invitados tomaban té hirviendo, eran agasajados con tortas de miel o de frutas de temporada, discutían con educada pasión de todo tipo de cuestiones que yo no entendía, pero sabía que algún día entendería y discutiría con ese grupo, e incluso expresaría tajantes conclusiones que ellos no habían pensado, y puede que hasta lograra sorprenderlos, tal vez también yo algún día escribiera libros de mi cabeza, como el señor Zarhi, o poemas como Bialik, o como el abuelo Alexander, Levin Kipnis y Saúl Tchernijovsky, cuyo olor nunca olvidaré.

Los Zarhi no eran sólo los dueños de la casa, los que nos alquilaban la habitación, sino también buenos amigos, a pesar de las continuas discrepancias entre mi padre, el revisionista, y Zarhi, «el rojo»: a mi padre le gustaba mucho hablar y argumentar y al señor Zarhi le gustaba escuchar. Mi madre intervenía de vez en cuando con una o dos frases medidas y algunas veces sus palabras hacían que, inadvertidamente, la conversación derivase hacia otro tema o cambiase completamente de tono. Ester Zarhi, por su parte, solía hacer preguntas a las que mi padre contestaba encantado con detalladas explicaciones. En ocasiones Israel Zarhi se dirigía a mi madre, bajando la mirada, y le preguntaba qué opinaba ella, como pidiéndole en secreto que se pusiera de su lado y le ayudara en la discusión: mi madre sabía infundir una nueva luz en todo. Lo hacía con pocas palabras y, después de hablar ella, a veces la discusión adquiría un tono relajado y tranquilo, una especie de calma renovada, de prudencia o de cierta duda. Hasta que, al cabo de un rato, los ánimos se encendían de nuevo y se volvían a alzar las voces con furia civilizada aunque agitada por signos de exclamación.

En 1947 se publicó, en la editorial Yehoshua Czeczik de Tel Aviv, el primer libro de mi padre, La novela en la literatura hebrea: desde sus inicios hasta el final de la Haskalá. El libro estaba basado en el trabajo de licenciatura que mi padre presentó

a su maestro y tío, el profesor Klausner. En las páginas preliminares figura una nota: «Este libro ha sido galardonado con el premio Klausner del Ayuntamiento de Tel Aviv y ha sido publicado con la ayuda de dicho ayuntamiento y de la fundación en memoria de Tzipora Klausner». El propio profesor Yosef Klausner escribió el prólogo del libro:

Es para mí una doble satisfacción ver publicado un libro escrito en hebreo sobre la novela, una obra que me fue presentada, en calidad de profesor de literatura de nuestra única universidad hebrea, como trabajo de licenciatura en literatura hebrea moderna por un alumno veterano, mi sobrino Yehuda Arie Klausner. No se trata de un trabajo corriente... Es una investigación exhaustiva y completa... El estilo del libro es rico y claro al mismo tiempo, acorde con la importancia del contenido... Por tanto, no puedo dejar de expresar mi satisfacción... El Talmud dice: «Los discípulos son como hijos»... Espero que gracias a este libro se amplíe y profundice el conocimiento de nuestra literatura nacional en estrecha relación con la literatura universal, y que el autor sea alabado por el fruto de su trabajo, un trabajo que no ha sido fácil...

Y un poco más adelante, tras el título, mi padre dedica su libro a la memoria de su hermano David:

A mi primer maestro de historia de la literatura,

a mi único hermano,

David,

que se me perdió en las tinieblas de la diáspora.

¿Dónde?

Durante diez o quince días, al volver del trabajo en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional en Har Hatzofim, mi padre iba corriendo a la oficina de correos más cercana, al final de la calle Gueulá, justo antes de empezar el barrio de Meah Shearim, con la esperanza de que hubieran llegado los ejemplares de su primer libro, que, por lo que le habían dicho, alguien había visto ya en una librería de Tel Aviv.

Por tanto, mi padre iba corriendo cada día a la oficina de correos, cada día volvía con las manos vacías y cada día se prometía a sí mismo que, si al día siguiente tampoco llegaba el paquete de libros enviado por el señor Gruber con el sello Sinaí, iría a la farmacia, llamaría a Tel Aviv y hablaría con firmeza con el señor Yehoshua Czezik: ¡Realmente esto es intolerable! ¡Si no han llegado los libros el lunes, a mitad de semana o como muy tarde el viernes!... Pero el paquete llegó, no por correo sino con una mensajera, una chica yemení sonriente que se lo llevó a casa, no desde Tel Aviv sino directamente desde la imprenta Sinaí (Jerusalem, teléfono 2892).

El paquete contenía cinco ejemplares de La novela en la literatura hebrea, recién impresos, vírgenes, envueltos en varias capas de papel blanco (sobre el que se habían impreso las pruebas de otro libro, ilustrado) y bien atados con cuerdas. Mi padre le dio las gracias a la chica, y a pesar de su alegría desbordada no olvidó darle un chelín (una cantidad muy respetable en aquella época, suficiente para una comida vegetariana en el comedor de la central lechera Tnuva). Después, mi padre nos pidió a mi madre y a mí que nos acercáramos a su escritorio y permaneciéramos a su lado en el momento de abrir el paquete.

Recuerdo cómo dominó sus ansias y no cortó con un cuchillo ni con unas tijeras las cuerdas del paquete, sino que, jamás olvidaré eso, fue deshaciendo los fuertes nudos, uno a uno, con una paciencia infinita, utilizando alternativamente sus fuertes uñas, la punta de un abrecartas y la punta de un clip torcido. Cuando terminó, no se precipitó sobre su nuevo libro sino que enrolló lentamente la cuerda, retiró el revestimiento de papel cromado que hacía de embalaje, rozó con la yema de los dedos las tapas del primer ejemplar del paquete, lo acarició como un amante tímido, lo tomó en sus manos y se lo acercó con delicadeza a la cara, lo abrió un poco haciendo pasar las páginas, cerró los ojos y las olió, aspiró profundamente el olor a tinta fresca, la delicia del papel nuevo, el aroma embriagante de la cola de encuadernar. Después empezó a hojear el libro, primero miró el índice, observó atentamente la página de correcciones y añadidos, volvió a leer el prólogo del tío Yosef y su propia introducción, se deleitó con los preliminares y volvió a acariciar la cubierta, y de repente temió que mi madre fuera a burlarse de él:

–Un libro recién impreso –le dijo como justificándose–, el primer libro, es casi como si acabara de tener otro hijo.

–Cuando tengas que cambiarle los pañales –dijo mi madre–, seguro que me llamarás.

Seguidamente mi madre se fue, pero al poco tiempo volvió de la cocina con una botella de vino dulce Tocai, vino de Shabat, y tres pequeñas copas de licor, no de vino, entonces dijo que brindáramos por el primer libro de mi padre. Sirvió dos copas para ellos y una gota para mí, y puede que también le pusiese un dedo humedecido en la frente, como si fuese un niño, y él le acariciara la cabeza.

Por la tarde mi madre puso en la mesa de la cocina un mantel blanco, como si fuese Shabat u otra fiesta, sirvió la comida que más le gustaba a mi padre, borscht⁶¹ caliente con un iceberg de crema flotando encima, y dijo «mazal tov»⁶². El abuelo y la abuela también vinieron esa tarde para participar en la modesta celebración, y la abuela le dijo a mi madre que todo había estado muy bien, hasta demasiado bueno, Dios la librara de dar ningún consejo, pero todo el mundo sabía, desde las niñas pequeñas a las cocineras gentiles que trabajaban en las casas judías, que el borscht tenía que estar ácido y sólo una pizca dulce, y de ninguna manera dulce y un poquito ácido, como solían hacer los polacos, que lo endulzaban todo sin medida y sin criterio y, si no se los vigilaba, eran capaces de meter un arenque en azúcar y sumergir en mermelada un rábano picante.

Mi madre, por su parte, le agradeció a la abuela que la hubiera hecho partícipe de su experiencia y le aseguró que desde ese día se preocuparía de que sólo probase en nuestra casa las cosas amargas y ácidas que tanto le gustaban. Mi padre estaba demasiado contento y animado como para darse cuenta de aquellas estocadas. Les regaló un ejemplar dedicado a sus padres, otro al tío Yosef, otro a sus buenos amigos Ester e Israel Zarhi, otro ya no recuerdo a quién, y el último lo guardó en su biblioteca, en un estante destacado, apoyado en la serie de obras de su tío, el profesor Yosef Klausner.

La alegría de mi padre duró tres o cuatro días, después decayó. Del mismo modo que antes de la llegada del paquete iba todos los días corriendo a la oficina de correos, ahora iba todos los días a la librería de Shakna Ajiasaf en la calle King George, donde había tres ejemplares de La novela a la venta. Pero al día siguiente los

⁶¹ Sopa de remolacha.

⁶² Enhorabuena.

tres ejemplares seguían todavía allí, ninguno se había vendido. Y lo mismo al cabo de dos y tres días.

–Tú –le dijo mi padre con una triste sonrisa a su amigo Israel Zarhi– escribes en seis meses una nueva novela y, enseguida, un montón de chicas guapas te agarran en las estanterías y te llevan directamente a la cama. En cambio nosotros, los investigadores, nos pasamos años para darle consistencia a cada detalle, para ser precisos en cada una de las citas, cuidamos al máximo cada punto de una nota al pie de página, ¿y quién se molesta en leerlo? Como mucho nosotros mismos, es decir tres o cuatro apasionados de la materia que se dignan leerse unos a otros antes de despedazarse; y a veces ni siquiera eso. Somos ignorados.

Pasó cerca de una semana y ninguno de los tres ejemplares se vendió en la librería de Ajiasaf. Mi padre no siguió hablando de su pena, pero su pena llenó toda la casa como un olor que lo impregna todo: ya no bramaba con terribles falsetes mientras se afeitaba o mientras se inclinaba sobre el fregadero y lavaba los platos cantando Los campos del valle o El rocío debajo y la luna encima/ desde Bet Alfa hasta Nahalal. Ya no me contaba de memoria la historia de Gilgamesh o del capitán Nemo y el ingeniero Ciro Smith de La isla misteriosa, sino que con rabia se quedaba inmerso en sus papeles y en sus léxicos esparcidos por la mesa, entre los que despuntaba su próximo ensayo.

Y de pronto, pasados otros dos o tres días, un viernes por la tarde, mi padre volvió a casa feliz, entusiasmado y temblando como un joven a quien la chica más guapa de la clase ha besado delante de todo el mundo:

–¡Los han vendido! ¡Los han vendido todos! ¡En un día! ¡No un ejemplar! ¡Ni dos! ¡Han vendido los tres! ¡Todos! ¡Mi libro se ha agotado! ¡Y Shakna Ajiasaf va a pedirle a Czezik más ejemplares! ¡Qué digo va a pedir! ¡Ya los ha pedido! ¡Esta mañana! ¡Por teléfono! ¡No, no otros tres ejemplares, sino otros cinco! ¡Y Shakna cree que esto no ha hecho más que empezar!

Mi madre volvió a salir de la habitación en busca de otra botella de vino dulce Tacai y tres pequeñas copas de licor, no de vino. Pero en esa ocasión decidió prescindir de la sopa de remolacha con crema y del mantel blanco. En vez de eso, propuso ir al cine Edison al estreno de una famosa película en la que actuaba Greta Garbo, una actriz que les gustaba a los dos.

A mí me dejaron con los Zarhi, tenía que cenar con ellos y comportarme como un niño modélico hasta que volvieran, a las nueve o nueve y media. Como un niño modélico, ¿has entendido? ¡Que no oigamos ni la más mínima queja! Cuando pongan la mesa, acuérdate de preguntar a la señora Zarhi si necesita ayuda. Después de cenar, pero sólo cuando todos se hayan levantado de la mesa, levanta tu plato y tus cubiertos y déjalos con cuidado en la mesada junto al fregadero. Con cuidado, ¿has entendido? No vaya a ser que rompas algo. Y toma un paño, igual que en casa, y seca bien el hule cuando no quede nada en la mesa. Y habla sólo cuando te pregunten. Si el señor Zarhi está trabajando, ¡tú te buscas un juguete o un libro y te sientas bien calladito! Y si la señora Zarhi vuelve a quejarse de dolor de cabeza, ¡no la molestes bajo ningún concepto! ¡Bajo ningún concepto!, ¿has entendido?

Y se marcharon. La señora Zarhi debió de encerrarse en el dormitorio o irse a casa de la vecina, y el señor Zarhi me invitó a ir con él a su estudio, que, como en nuestra casa, también era el dormitorio, el salón y todo lo demás. Era la misma habitación en la que había vivido mi padre de estudiante, la misma habitación que después había sido la de mis padres y donde al parecer me engendraron, porque vivieron allí desde que se casaron hasta casi un mes antes de nacer yo.

El señor Zarhi me pidió que me sentara en el sofá y habló un rato conmigo, no recuerdo de qué, pero jamás olvidaré cómo descubrí de pronto, en una mesa pequeña que estaba a los pies del sofá, al menos cuatro ejemplares idénticos de La novela en la literatura hebrea, uno encima de otro, como en una tienda, un ejemplar que yo sabía que mi padre le había regalado al señor Zarhi, dedicado, «Para mi querido amigo y compañero», y otros tres que no entendía qué hacían ahí. Estuve a punto de preguntárselo al señor Zarhi, pero en el último momento recordé los tres ejemplares que justo ese día se habían vendido por fin, después de haber perdido toda esperanza, en la tienda de Ajasaf en la calle King George, y me embargó un sentimiento de gratitud y emoción que casi me hizo llorar. Al percatarse de todo, el señor Zarhi no sonrió sino que me miró de reojo, guiñando un poco los ojos, como haciéndome partícipe de su secreta conspiración; no dijo una palabra, tan sólo se agachó, tomó de la mesa tres de los cuatro ejemplares y los escondió en un cajón de su escritorio. Yo tampoco dije nada, ni a él ni a mis padres. No se lo conté a nadie hasta después de la muerte de Zarhi, que falleció en la flor de la vida, y la de papá, a

nadie excepto, años después, a Nurit Zarhi, a quien no pareció impresionarla lo que le estaba contando.

Hay dos o tres escritores que se cuentan entre mis mejores amigos, somos íntimos desde hace decenas de años, pero no estoy seguro de que yo fuera capaz de hacer por alguno de ellos algo parecido a lo que hizo Israel Zarhi por mi padre. Quién sabe si una idea tan astuta y generosa como la de Zarhi se me pasaría alguna vez por la imaginación. Como todos en aquella época, él vivía al día. Y tres ejemplares de La novela en la literatura hebrea debieron de costarle al menos lo mismo que una prenda de ropa necesaria para el invierno.

El señor Zarhi salió de la habitación y volvió con una taza tibia de cacao sin nata, porque se acordó de que en casa bebía cada noche cacao. Le di las gracias educadamente, como me habían enseñado, y tenía muchas ganas de decirle otra cosa que era para mí muy importante decirle, pero no supe qué decir y me quedé sentado en el sofá de su habitación sin hacer ni un solo ruido para no molestarlo mientras trabajaba, aunque el señor Zarhi no trabajó esa tarde, simplemente estuvo hojeando el periódico Davar hasta que volvieron mis padres del cine, les dieron las gracias a los Zarhi, se despidieron rápidamente y me llevaron a casa, porque era muy tarde y había que cepillarse los dientes e irse enseguida a dormir.

A esa misma habitación seguramente llevó mi padre por primera vez, una tarde del año 1936, a una estudiante introvertida, muy guapa, de piel oscura y ojos negros, parca en palabras pero con una presencia que inducía a los hombres a hablar y hablar hasta no poder más.

Unos meses antes había dejado la Universidad de Praga y había llegado sola a Jerusalem, para estudiar historia y filosofía en la Universidad de Har Hatzofim. No sé cómo, cuándo ni dónde conoció Arie Klausner a Fania Mussman, que se matriculó con su nombre hebreo, Rivka, aunque en algunos documentos se llamaba Tzipora y en uno ponía Fayge, pero sus amigas la llamaban siempre Fania.

A él le gustaba mucho hablar, dar explicaciones y analizar, ella sabía escuchar e incluso leer entre líneas. Él era culto y distinguido, ella era aguda y perspicaz. Él era un hombre honesto, meticuloso, correcto y diligente, ella siempre observaba para comprender por qué alguien que sostenía una determinada opinión con firmeza

sostenía precisamente ésa y no otra, y por qué quien discrepaba con quien sostenía esa opinión tenía tanta necesidad de defender la opinión contraria. La ropa le interesaba sólo como una ventana para mirar el interior de quien la llevaba. Cuando estaba en casa de algún conocido, se fijaba atentamente en la tapicería, las cortinas, los sofás, en los recuerdos diseminados sobre el alféizar de la ventana y en los adornos de las estanterías, mientras los demás estaban inmersos en alguna discusión: como si tuviera alguna misión entre manos. Los secretos de las personas le fascinaban, pero cuando la conversación pasaba al cotilleo, casi siempre escuchaba con una ligera sonrisa, una sonrisa dubitativa, como a punto de interrumpirse, y callaba. En muchas ocasiones permanecía en silencio. Pero cuando dejaba su silencio y decía algo, la conversación no volvía a ser igual.

Cuando mi padre hablaba de ella, a veces se apreciaba en su voz una mezcla de cobardía, distancia, afecto, respeto y temor: como si tuviese en casa a una adivina con una falsa identidad. O a una nigromante.